

La pintura de Salvador Díaz, en lo general, siempre me ha parecido una especie de travesía... En sus pinturas encuentro un diario de viaje, un registro de acontecimientos mínimos, una memoria de imágenes de familia aprehendidas en pintura. Retratos y autorretratos, tomados algunos de fotografías (es la pintura la que toma la foto), otros de la imaginación del pintor; en su conjunto, están marcados por el signo de "lo familiar."

Se nos presenta un recuento de imágenes que, paradójicamente, resultan ante todo extrañas. Salvador Díaz, en cada una de sus pinturas, expone firmemente la extrañeza de aquello que nos es familiar. A partir de su propio mundo pictórico nos vuelve extraño el nuestro, el más común, el más cercano: el mundo de lo familiar. Los recuerdos se reconfiguran y en algunos casos se desfiguran inesperadamente. Sus pinturas me hacen recordar las palabras de Jean-Luc Nancy provenientes de su libro *Las Musas* (1994): "El hombre inició con la extrañeza de su propia humanidad. A través de su extrañeza se presentó a sí mismo: él la presentó, la configuró para sí mismo. Eso era el autoconocimiento del humano, el descubrir que su presencia era similar a la de un extraño. Monstruosamente similar. Ése era su primer conocimiento, su habilidad, su secreto. El esquema del hombre es la 'mostración' de esta maravilla: uno mismo fuera de uno mismo, sorprendido frente a sí mismo". Para Jean-Luc Nancy (1994), "la pintura, pinta esta sorpresa. Esta sorpresa es en sí la pintura" (121).

En los cuadros de Salvador Díaz asistimos a esta extrañeza, al evento de hallarse distinto en cada momento de su vida, reconociendo en pintura lo que fue su entorno. Se muestra con sorpresa el estremecimiento de reconocerse extraño, indagando a través de la pintura los personajes o fantasmas que reinaron su pasado (y también el nuestro, el de sus espectadores).

Jesús Mario Lozano (2004). "60 aniversario: Un volver extraño". Armas y Letras UANL. Monterrey.